

de sol a sol

Añoranza del Salnés

Por ERO

Dejando atrás María de Curro, con su iglesia de bóveda gótica, mirando las vegas y pastizales desde el atfello, la carretera se ondula por los pinares de Porto Salgueiro, a cuya sombra acompaña la tropa gitana. La fraga fue refugio de maleantes y sacamantecas y aún hoy se teme vagar por ella, de noche, en solitario. El bandolero Juan Quinto le tenía querencia tras el asalto a las rectorales. La calzada se bifurca a seguida en dos ramales, uno que se larga a Villagarcía de Arosa, por San Lorenzo de Nogueira, Ribadumia, Rubianes, y otro a Cambados por Meis, San Vicente de Nogueira Barrantes. Es la tierra antigua del Salnés, con sus pazos señoriales, sus monasterios benedictinos y bernardos, y las cepas solaneras del vino albariño, que se cría en Armenteira, en Padrenda, en todo el valle abierto de par en par a la mar de Arosa.

Es el Salnés de don Ramón del Valle Inclán, un pequeño mundo labrantín erigido a la lírica por Ramón Cabanillas, que se reúne para comprar, vender, conversar y volverse tarumba, si llega el caso, los días de feria a la sombra del templo romántico

de San Vicente de Nogueira, que fue monástico y se quedó de parroquial tras la excomunión, como tantos otros. Era antaño muy concurrida y animada la feria del Monasterio de San Vicente, y en ocasiones se cerraba con puñaladas. Los tratantes, chalanes, ganaderos, pediguños, buhoneros, el de la suerte del pajarito y el jaque de la moca se aireaban por el ferrial, gran casino labrador de la breve comarca, con Ayuntamiento en Meis, juez de paz y recaudador de contribuciones y consumos. Se cantaba por el trío de cegatos el último crimen galaico. Pienso ahora que es un bonito tema para poner en solfa la atrocidad del marido asesinado con la corva hoz, que abate los maíces y amola el trashumante afilador, que cuenta muertes violentas y antiguas mientras gira la rueda de las chispas. Eran los ciegos de Castelao, un poco al estilo de Bruegel, el flamenco sagaz del costumbrismo.

Hace luentos años estuve en la feira del Mosteiro, con el párroco de San Vicente, don José Otero, al que saludaba unánime la concurrencia. Se amilanaban resignadas las vacas bermejas y

relinchaba un caballo sujeto a la argolla de la taberna. Sudaba el paraje un espeso ramor de enjambre. Un albóitar trasegaba a la jineta. Don José era un señorito de Villarcía, convertido en cura rural, que tuvo disgustos en la guerra civil por su lealtad a la monarquía. Se relía la tarde cuando se coló en la sacristía y revestido de sobrepelliz y estola se dispuso a esperar el cadáver de un mozo feligrés ahogado en el Umia, cerca de Lantaño. Entre fusco y lusco trajeron al muerto atado a una escalera, a modo de onda, y a hombros de zagales. Don José rezó unos responsos y yo le serví de monago portando el calderete del agua bendita. La Luna se hizo pronto una bandeja de crema.

AGORA, A PAISANA, DESDE QUE COBRA POR EL, DALLE COMPANGO A COTIO. HOXE, POLO VISTO, DESPOIS DO CALDO FIXO-LLE «UN OVO E MAIS A XEMA DOUTRO»



meridiano de actualidad

«Virgilio: Dos minutos de parada»

Por CARLOS GARCIA BAYON

Me olvidé, casi por completo, que estábamos en el segundo milenario de Virgilio. ¡Tantas cosas! asediando: golpes de Estado, sequías, pistolas, las urgencias del instante, que se nos va el santo al cielo! Ahí está, por ejemplo, esa Pastoral que nada tiene de bucólica, de los prelados vascos. Y ahí está, cómo no, golpeando con sus puños la actualidad, la pintura abstracta de Paul Klee que la Fundación March expone en Madrid. La belleza hermética de esta pintura, como la de tantas pinturas y tantos genios, sólo es alcanzada por los exquisitos. A mí tanta exquisitez me impide ver el bosque, la primavera, el susurro de abejas que sonaba. Por otro lado: ¿quién se atreve, alta la frente, firme el paso, a salir del brazo y por la calle con sire Publio Virgilio Marón, e irse por ahí, entre navajeros, violadores, terroristas, pasotas, mafiositas, corrompidos, güipollas, a ver cómo las vírgenes eróticas recorren danzando las cumbres del Taigeto...? ¡Jol! Ya lo explicaba en versos Bertolt Brecht: «Verdaderamente vivo en tiempos sombríos. La palabra ingenua es insensata... ¡Qué tiempos éstos en que hablar de los árboles es casi un crimen...!» Pues, bien don Virgilio hablaba de los árboles, de las vides, de los somormujos, de las constelaciones, de las ubres... Detengámonos un instante: «¡Virgilio: dos minutos de parada!»

¿Y para qué? Nosotros venimos de los esteros pantanosos donde la historia del hombre, acosado, acorralado de lodos y sapos, hace glu-glu-glu como si tuviese las entrañas llenas de ventosidades. ¡Qué dé un paso al frente quien se atrava a hablar de las rosas! Cualquiera está dispuesto a cualquier cosa, menos a hablar de las rosas. Ya ven, en La Coruña se ha cambiado de alcalde, y en el Poder Central se ha cambiado de todo. Calvo Sotelo, como la esfinge, se ha quedado serio desde el frontal al mentón, desde el hombre izquierdo hasta el derecho, invocando la Santísima Trinidad. Pero esas no son garantías suficientes. Bañado de temperatura gripal, grito en la fiebre: «¡Dos minutos de parada!». Voy, un poco avergonzado, a mis estanterías y busco a Virgilio, «Las Bucólicas», «Las Geórgicas», «la Eneida»... ¡Dos mil años os contemplan! Abro «Las Bucólicas», releo, medito sobre las anotaciones de otros tiempos. Pero, no. Tomo «Las Geórgicas». Decía signore Virgilio que para plantar viñas el mejor momento era el de la primavera bermeja que es cuando vuelan hacia nosotros las aves de blanco plumaje. ¿Quién encuentra hoy una primavera bermeja, de rubias y cálidas pinceladas? Las únicas primaveras posibles son las de Praga o las de Polonia, o las de los asesinos entre azaleas, o las putrefacciones de abril y mayo, las tierras sedientas.

La lectura de don Virgilio, a pesar de sus dos mil años, está fresca como la lozana andaluza, pululante y dorada como esos enjambres

que en los días ardientes cuelgan sus racimos de abejas en las árboles. ¡Hubiera podido pintar Paul Klee un paisaje virgiliano, aquel de «Las Bucólicas», por ejemplo, que dice: «Yo ya olvidé los versos. Los primeros que se dieron cuenta fueron los lobos»? Paul Klee se pondría al empeño, mordería la lengua afanoso, abriría sus enormes ojos de bocio pictórico, y sacaría del tubo un óleo violeta que se iría amortiguando hasta ser lila para resucitar y alcanzar la primavera bermeja. Luego, en el centro, dibujaría un pie articulado sostenido de la luna por un hilillo... ¡Ah, caramba, caramba! ¿Dónde está la simplicidad virgiliana del pan o del río? Paul Klee, como todo cuanto es y vive actualmente, tiene su clave, su razón arcana. Ignoramos la clave de ETA, de Giscard d'Estaing, de ese jovencuelo que le metió un tiro en el sobaco a Reagan, la del Mercado Común, la de Breznev, la de los obispos vascos, la de esos picasianos, S. A., del Guernica... Todo es un laberinto que hace glu-glu-glu. Por eso pedía dos minutos de parada sobre Virgilio. Porque Virgilio salía al campo con un cucurucho de guisantes y mientras los mondaba y comía, gozaba la elemental silueta del árbol, de los emparados, y bebía la luz a grandes tragos.

—¡Pero si sobre eso ya han pasado dos mil años de historia, so carroza!

—Sí, claro, y ahora con tantas arrugas a cuestras no hay modo de reconocernos.

Decía Sartre que la vejez la notamos en el rostro de nuestros amigos. Si sacamos las arrugas y los siglos, debajo está Virgilio. Por eso nadie es capaz de descubrir a los espías rusos que pueblan España, no hay manera de verlos embozados en tantas pomadas y claves y golpes de pecho pidiendo a Dios perdón. Gracias que hace poco a uno de ellos se le ocurrió meterse en el bolsillo, de matute, una parábola orbital de Maspalomas. Los hay como mantas. Y lo mismo que pasa con los espías rusos, que no hay manera de detectarlos, pasa con los travesti, los hermafroditas y esos comunistas que navegan gloriosamente por la sociedad opulenta. En cambio, signore Virgilio Marón, para quien pido dos minutos de parada, era una claridad sin sombras, nítido, deslumbrante, que ni el mismo Paul Klee, ni la política municipal de La Coruña, logran enturbiar. Dos mil años, sin embargo, pesan mucho. Rememorarlos es, seamos sinceros, una inútil arqueología, igual que exhumásemos el iguanodonte. A pesar de ello, pienso que Virgilio bien merece un vaso de bon vino, bien merece, como esas estaciones perdidas en los páramos castellanos, un alto en el camino. Lo suficiente para comenzar el Libro IV de Las Geórgicas: «Voy a cantar la miel, rocío de los aires...»

—«¡Virgilio: dos minutos de parada!».  
Después volveremos a nuestra mierda gloriosa.

publicaciones

«Aspectos de la política exterior de la Unión Soviética», por Martín Landa, Editorial Revolución. — «Este libro — escribe el autor — tiene una doble finalidad. Persigue, por una parte, dar a conocer diversos aspectos de la política exterior soviética que, a menudo, son poco o mal conocidos. Por otra parte, trata de poner de relieve sus vertientes más contradictorias con su pretendido carácter socialista». La exposición y crítica de la política de la URSS es hecha desde una perspectiva de ultraizquierda.

«Conversaciones con la joven filosofía española», por Javier García Sánchez. — Estas conversaciones con la joven filosofía española se encuadran en el marco de un periodismo filosófico activo, no estático y de mera contemplación, que venga a constituir un puente necesario entre el lector no del todo especializado y las ideas de más relieve que en los tiempos actuales enriquecen el panorama del pensamiento teórico hispánico. A pesar de la general tónica de repulsa que siempre ha existido entre un género por excelencia sintético como la entrevista y ese otro profundo que conlleva toda reflexión teórica, se intenta ofrecer de la manera más objetiva factible una rápida ojeada a las corrientes filosóficas que más han influido en los últimos años.

«Milenario. Mito y realidad del fin de los tiempos», por Mario Morales. Editorial Gedisa. Demasiadas veces se ha destacado el aspecto catastrofista de los movimientos milenarios, identificándolos a la ligera con histerias colectivas y otros fenómenos de terror y de-

esperanza. Mario Morales, investigando expresiones históricas concretas de esta manifestación cíclica, incide por el contrario en un aspecto poco analizado: la expectativa mesiánica del milenarismo, con su secuela de fin de las injusticias e instauración del Reino de Dios, vale decir de la fraternidad y el amor entre los hombres.

«Los profetas sospechosos. Sectas de ayer y de hoy», por Blas Carmona. Editorial Gedisa. Así como antaño los caballeros templarios, los cátaros o, más remotamente, los derviches giradores establecieron comunidades rigidamente organizadas, cuya función secreta no era la que declaraban públicamente, también en el mundo de hoy existen sectas cuyo carácter suele pasar inadvertido, tales como la Trilateral, el Opus Dei o la Meditación Trascendental. En este trabajo se analiza a unas y a otras poniendo el acento en lo que tienen en común: un objetivo que no puede ser revelado más que a los adeptos.

«Escoge la vida», entrevista de Arnold Toynbee y Daisaku Ikeda. The Soka Gakkai. Este libro es la compilación de una serie de entrevistas sostenidas entre Arnold Toynbee, ilustre historiador británico, y Daisaku Ikeda, filósofo japonés y Presidente de la Asociación Sokagakkay Internacional; fue publicado originalmente en el año de 1976 en idioma inglés por la prensa de la Universidad Oxford con el título de «Choose Life - A Dialogue» y por otra vez, la edición al castellano fue publicada por Emecé Editores S.A., en Buenos Aires, Argentina.